EL CORREO ESPAÑOL

DIARIO TRADICIONALISTA

AÑO XVIII

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, UNA peseta al mes — Provincias, 6 ptas. trimestre, 10 semestre y 20 al año; por corresponsal ó libreto, 12 pesetas semestre y 24 al año. — Extranjero: Países de la Union Postal, 10 ptas. trimestre; 20 semestre y 35 al año. — Los demás países, 20 ptas. semestre. — Pago adelantado. — No se admiten sellos.

Número suelto, 5 céntimos de peseta.

Madrid.-Viernes 14 de Abril de 1905

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 18 y 14, primero izquierda; en las principales librerías de la capital y de provincias, y en casa de nuestros corresponsales.

Apartado de Correos número 250.

Teléfono núm. 894.

NUM. 4.902

Enseñanzas.

Ya ha salido D. Alfonso de Valencia. Va satisfecho, como fué de Barcelona. Todo le ha ido bien. Todo se ha organizado admirablemente. Verdad es que anteayer se oyeron en el Palacio de Oriente madrileño estruendos que de Valencia venían; pero esos estruendos, lejos de ser cosa alarmante, eran la alegre y estrepitosa sinfonía de la gran traca valenciana en que se quemaban varios kilómetros de pólvora en obsequio de los ilustres huéspedes.

Verdad es también que los periódicos republicanos de allá (y ahí está el de Soriano para no desmentirnos) hablan de grandes fraldades, de aparatos escénicos, de serenos y agentes oficiales comprados para el aplauso, de vivas á la República que se dieron en la carrera, y aun de pitas aéreas y de voces de ¡que se vaya!, resonando en los oídos de Villaverde, á quien principalmente iban dirigidos tan extraños saludos; pero ya se puede contar con que todo eso nace de fuente tan interesada, por lo menos, como las exageraciones y bombos en sentido contrario. Prescindamos, pues, de esas cosas, y demos por sentado que D. Alfonso ha ido á Valencia sin novedad, que Villaverde ha paseado por allí sin novedad también, ó sin más percance que un cariñoso apabullamiento del sombrero en la batalla de flores, cosa muy inferior, sin duda, al agujero que hicieron en Barcelona en el chaleco de Maura. Los hechos son esos, ó, por lo menos, así los cuentan los periódicos ministeriales, los dinásticos y los neocatólicos en medio del mayor entusiasmo. Y de estos hechos se deduce la siguiente conclusión: que D. Alfonso puede ir con su Gobierno á Valencia cuando quiera, aunque quiera ir en circunstancias tan anormales como las presentes á fiestas, cuando el hambre azota las campiñas andaluzas, cuando los obreros madrileños están de luto y casi en revolución por las víctimas del tercer Depósito, cuando los estudiantes están en huelga y los Gobiernos en crisis.....

Perfectamente. Pero es el caso que en Valencia, donde puede ir el soberano á que le aplaudan y agasajen, no puede salir la imagen de la Virgen Inmaculada en procesión, acompañada de sus devotos, sin que la insulten, y apedreen, y anden á tiros con los católicos, sacrificando y haciendo ganar el martirio á algunos de ellos. Y es el caso también que en esa misma Valencia, donde sin que ocurra nada se pueden hacer manifestaciones aparatosas en honor de Canalejas, del conde de Romanones, de Villaverde, de D. Alfonso, no pueden los fieles católicos ganar el Jubileo ni cantar el Rosario de la Aurora sin que á ellos, á sus esposas é hijas los insulten, los acorralen en los templos, los silben, y los apedreen en medio de la más grande impunidad y del más vergonzoso escarnio.

Estos son los hechos, y de ellos pueden ahora las personas sensatas sacar las consecuencias y formular los juicios que mejor les parecieren. ¿Es que en Valencia los revolucionarios se han amansado ya y convertídose en hombres de orden, corteses, respetuosos, domesticados y decentes? ¿Es que han desaparecido aquellas memorables kabilas de blasquistas y soriatistas que se divertían asesinándose mutuamente, y que se unían luego para asesinar católicos en todas las manifestaciones religiosas? ¿Es que esos no se meten con los personajes liberales monárquicos porque entienden que, á pesar de la diferencia accidental de formas de Gobierno, son correligionarios y hermanos en liberalismo y en anticlericalismo? ¿Es que, por último, cuando van los hombres públicos á Valencia la autoridad tiene verdaderos propósitos de garantir el orden, y toma medidas eficaces para conseguirlo, y lo garantiza, mientras que en las manifestaciones católicas se cruza de brazos y no quiere?

Nuestros lectores podrán adoptar cualquiera de estas conclusiones en su juicio, que amplia libertad tienen para ello. Sea la que quiera la que adopten, el resultado es igualmente triste. Si es que las gentes levantiscas han desaparecido de Valencia, ahora es la gran ocasión para que vaya allá su Arzobispo, cuyos derechos á visitar su Diócesis no son seguramente inferiores á los de los personajes que le han precedido, entre bolgorios y estruendos de entusiasmo. Y aun cuando no hayan desaparecido los revoltosos, la experiencia ha demostrado que si la autoridad quiere mantener el orden, éste se mantendrá, como en el reciente viaje. Y podrán salir procesiones y celebrarse Jubileos, y los católicos estarán amparados en su libertad y en sus sentimientos, y no necesitarán prepararse á bien morir, esperando una pedrada ó un balazo cuando salgan á la calle ó vayan acompañando á la Santísima Virgen, su Patrona. Porque si algún desorden ocurre ó sobreviene algún desmán odioso, las autoridades no se disculparán con que no han podido evitarlo, pues ahora que querían, bien han podido, y todo les salió como una seda. No tendrán excusa de ningún género.

Sin embargo, ya verán los católicos valencianos cómo las cosas vienen de muy distinta manera. Conocemos de sobra á los liberales, á sus Gobiernos y á sus ministros. Estamos en el secreto de lo que ha ocurrido ahora y en ocasiones parecidas. Esos éxitos y ese orden los consiguen, por una parte, á fuerza de abdicaciones, tratos y contratos con los revolucionarios, bajo cuya protección se colocan, entre otros, los Romanones y los Canalejas que visitan á Valencia. Y el precio de esas tolerancias son las ventajas que conceden en el dominio de la urbe á las turbas ateas ó sus directores, y la facultad que les dan de crucificar como mejor les acomode á las católicos, á la Iglesia y á Jesucristo.

¿Qué les importa á los doctrinarios el Justo con tal de que esté contento el César? En mil ocasiones han demostrado que para ellos lo primero es el régimen, y lo segundo, ó lo último, la Religión, y que les importa más la monarquía constitucional que Jesucristo y sus ministros, de tal suerte, que sacrifican á ella los Arzobispos, las peregrinaciones, los Jubileos, todo..... Para librarse de los canes de la revolución, les echan carne de Frailes, de Obispos, de Curas ó de católicos; les abandonan las vírgenes y el culto para que hagan presa en ellos, y se ceben, y se contenten y los dejen en paz, divirtiéndose con sus despojos.

¿no es verdad que todas éstas son muy elocuentes y muy instructivas enseñanzas, sobre todo para que los católicos nos aficionemos al Poder constituído?

ENEAS.

Los carlistas de Castellón.

(POR TELÉGRAFO)

Castellón 13.

Al recibir hoy la anunciada visita de don Alfonso XIII, los carlistas del Maestrazgo y de la Plana, constantes en nuestra acrisolada lealtad á la Dinastía proscripta, ratificamos solemnemente nuestros juramentos de fidelidad al Sr. Duque de Madrid, y elevámosle á Venecia el entusiasta homenaje de nuestra inquebrantable adhesión á su Augusta Persona y á su sacratísima Causa.

El Jefe provincial,
MANUEL BELLIDO Y ALBA.

Desde Villarreal.

Villarreal 13.

CORREO ESPAÑOL, Madrid.

Socios Juventud carlista Villarreal renuevan inquebrantable adhesión Señor Duque de Madrid con motivo de la visita D. Alfonso, y protestan Poderes constituídos y contra los que se prestan hacer papel de comparsa de las instituciones, preparando recibimiento del jefe del Estado.

El presidente, *Petricio Bort.*

Crónicas cortas.

Publica *El Globo* un curioso artículo, en el cual se expone un caso fulminante de burocracia. No debería prestar gran atención al hecho, ya que todo el monte es orégano; pero la escasez de asuntos abona los comentarios.

Una carretera, que empezó á construirse en 1860, está por terminar, y no porque se haya abandonado su construcción, sino porque á cada momento la burocracia, como si no tuviera otra cosa que hacer, se ha interpuesto entre el proyecto y su realización.

De 200 kilómetros faltan todavía 125 por construir..... ¡Portentosa labor la que supone hacer 75 kilómetros de carretera en cuarenta y cinco años!

No se trata de una carretera de capricho, de una de esas carreteras que no responden á más necesidad que á la de cazar algunos votos en épocas de elecciones No se trata de una carretera para servicio de un cacique (y que no se trata de esto, lo declara el que no se ha terminado). Es una carretera de inmensa utilidad pública, de Balaguer á Francia, atravesando comarcas hoy pobres solamente por falta de una vía de comunicación.

Un solo trozo de la carretera, la travesía de Gerri, mejor dicho, el estudio de este trozo, ha invertido siete años.

Al ver la forma con que el Estado se ocupa de los asuntos de vital interés para las regiones; el desprecio con que trata lo que tiene más importancia para el país, ¿con qué ojos se puede mirar á la Administración española? ¿Con qué gusto se han de pagar los tributos para sostener una burocracia que tanto se *desvela* por los intereses públicos?

En alguna ocasión se plantean ante la burocracia otros problemas: los de conceder pensiones, de votar créditos para festejos, y entonces asusta la rapidez con que los resuelve.

Y al comparar la lentitud con que se procede en lo útil y la rapidez con que se despacha lo inútil, pierde la paciencia el más cachazudo, viniéndole ganas de maldecir de la burocracia, de barrer ese centralismo que nos agarrota y de acabar con ese régimen funesto, á cuya sombra viven tan intolerables plagas.

La cuestión de Marruecos.

La independencia. — Embajadas. — Manejos de Francia é Inglaterra. — El Roguí. — Los falsos secuestros.

Preguntábamos en el artículo anterior si eran lícitas y justas las disposiciones que algunas potencias europeas habían tomado acerca de Marruecos. No es nuestro ánimo discutir largamente este punto: sería divertirnos demasiado de nuestro intento; y, después de todo, ya los moros se encargarán de defender con las armas, mejor que nosotros con la pluma, sus legítimos derechos. Por otra parte, la respuesta no es difícil. Marruecos no es un país inhabitado, á merced del primero que lo ocupe, sino un país poblado, cuyos moradores lo poseen legítimamente. Prescindamos ahora de la manera lícita ó ilícita de como lo han adquirido. Tantos siglos de pacífica posesión, y no existiendo quien con justicia pueda reclamarlo, es suficiente título. Si por el mero hecho de no ser ellos los primeros habitantes no lo poseyesen lícitamente, entonces pocas razas poseerían lícitamente el terreno que ocupan porque casi ninguna es la primera que lo ocupó: siempre las unas han ido arrojando y sucediendo á las otras. En suma, si los moros no tienen derecho sobre Marruecos, menos derecho tienen los europeos.

Marruecos es, bien ó mal constituída, una nación, y como toda nación tiene derecho á la vida, y la vida de una nación es la independencia; es decir, el derecho de gobernarse por sí misma de no obedecer sino á los poderes y á las leyes que á sí misma se haya dado, que libremente haya elegido. «La libertad de las naciones se halla estrechamente unida á su independencia; es á la vez el signo más expresivo y la condición más inmediata, porque consiste en el territorio que ocupa en el suelo de la patria. Un pueblo que lo ha perdido ha cesado de existir; así, una invasión extranjera es la mayor injuria que puede inferirse á un Estado»: merece el nombre que le da San Agustín: *Grande latrocinium*; á no ser que para ello existan justas causas.

¿Y cuáles son esas causas justas? Está fuera de duda que cuando una nación se ve atacada en su independencia, en su propiedad, en su libertad, en su honor, ó se siente lesionada en cualquier otro punto, tiene derecho á exigir la debida satisfacción. Para negociarla señalan los juristas dos procedimientos: primero, la vía amistosa, *vía amicabili*; mediante arreglos, mediaciones, arbitrajes, conferencias y congresos; segundo, la vía coercitiva, *via facti*, ó sea mediante retorsiones, represalias, secuestro y bloqueo pacífico. Si nada de esto da resultado, entonces se puede echar mano de las armas; medio terrible, de consecuencias funestas, pero muchas veces inevitable ya que no hay otro medio de dirimir las cuestiones internacionales. Mas en ningún caso es lícito al vencedor exigir mayor satisfacción que la justa y racional; porque la fuerza y la victoria no es razón ni derechos, sino un medio para hacer valer los derechos.

Es asimismo cierto que cuando una nación se declara en estado de anarquía no reconoce la autoridad legítima, se persigue y atormenta ó no se deja vivir en paz á los ciudadanos pacíficos, ni hay castigo para los culpables; puede otra nación aun por medio de las armas restablecer el orden perturbado. Pues este es precisamente el caso, se nos dirá. En Marruecos es todo desorden y confusión, no hay paz, ni seguridad, ni sultán capaz de garantizar las vidas y las haciendas de los que habitan en sus dominios. Es preciso restablecer el orden; y este es el primero y principal fin que se proponen las naciones europeas. Está bien; pero vamos despacio.

Forzoso es confesar que el estado de Marruecos nunca ha sido muy satisfactorio que digamos, así como tampoco su régimen gubernativo. Sin embargo, jamás necesitó de las potencias europeas para restablecer el orden, ni al sultán le faltó influencia y fuerza para sujetar á los mal contentos. Hoy sí que la situación ha empeorado (aunque no tanto como se cree). El sultán carece de todo prestigio para con sus súbditos, aparece ante la faz del mundo casi abandonado de todos é incapaz de sostenerse. Mas ¿cual es la causa de todo esto? Precisamente y ninguna otras que el elemento extranjero, ó, mejor dicho algunas naciones europeas. Y esto necesita explicación; advirtiendo anticipadamente que España, por fortuna, es una de las naciones que más limpias tiene las manos en este punto.

Conociendo el sultán de Marruecos las aspiraciones de las potencias extranjeras y que si tenía á su lado á sus respectivos embajadores, no dejarían de molestarle de continuo con peticiones y exigencias de todas clases; ó abrigando, al menos, desconfianzas hacia los cristianos muy ordinarias en los moros, bajo motivos aparentes ó verdaderos contra la costumbre general que existe, muy políticamente alejó de sí á dichos embajadores, señalándoles para su residencia la ciudad de Tánger. Aquí, pues, tienen las naciones sus representantes, así como también el sultán tiene el suyo. Mas la astuta Inglaterra tuvo buen cuidado de poner en Fez gente de su nación, ya que no con carácter oficial, siquiera en tal forma que demasiado se manifiesta son instrumentos suyos y funcionan bajo la sombra de la Gran Bretaña.

Los franceses, que tampoco se descuidan, han puesto también allí su gentecilla. Y los ingleses, por la fama de la soberbia Albión, y los franceses alegando no ser inferiores á los ingleses, unos y otros lograron introducirse en la corte xeríana, y todos juntos dieron principio á la gran obra de civilización del sultán. Pero ¡qué manera de civilizar! Por de pronto, como tontos, trataron de sacar raja para sí, y el uno consiguió del sultán edificar en las mismas murallas de Fez, lo que jamás se ha visto; el otro, un pedazo de huerta en un lado, etc., etc. ¿Y qué en cuanto al método de civilizar? —¡Ah!, excelente. Partidarios decididos de la última moda, rodearon al sultán de bicicletas de todos los tamaños (para qué le servirán en un país donde no existe una sola carretera?); le llenaron el palacio de máquinas fotográficas de todos los colores; le retrataron (escandalo mayúsculo para los moros) en todas las posturas imaginables, hasta en bicicleta. Allí hicieron llegar el cinematógrafo, compañías de titeres ex profeso para el sultán, jardineros europeos para sus huertas y toda suerte de juguetes, vendiéndoselos siempre á precios fabulosos.

Quienquiera que conozca algún tanto á los moros, su aversión hacia los extranjeros y la repugnancia que tienen á todo adelanto, comprenderá perfectamente la impresión que les habrá causado la conducta de su soberano.

Vino á exasperarlos sobremanera un suceso lamentable, que recordarán muy bien mis lectores. Hace cosa de unos dos años que hallándose en Fez cierto pastor protestante se acercó demasiado á la puerta de una mezquita. Su imprudencia salta á la vista. ¿No sabía que disgustaba á los moros? ¿Para qué suscitar un conflicto sin necesidad? ¿Nos agradaría á nosotros que en nuestra Patria penetrasen los moros en nuestros templos? Sin duda por ser inglés se figuró que podía hollarlo todo impunemente.

Es el caso que, aunque vestido de moro, un santón le conoció, y lleno de furor é indignación sacó la gumía y se la atravesó, dejándole cadáver en el acto. El reo á fin de librarse de la justicia se refugió en uno de los santuarios principales, donde, según las leyes musulmanas, mientras permanece allí es intangible, y nadie le puede hacer el menor daño, ni el mismo sultán, por enorme que hubiere sido su delito. Cuando esto sucede, un solo medio hay de castigar al culpable, y es el hambre, obligándole de este modo á salir, y luego ya pueden castigarlo. En el presente caso no se hizo así, sino que el sultán, tal vez por miras á Inglaterra, ó quizás mal aconsejado, dió orden de que allí mismo lo matasen, como en efecto se verificó.

El infringimiento de una ley tan sagrada para los moros; la calidad de la persona, pues ya dejamos dicho era un santón, á quienes los musulmanes veneran muchísimo, y luego por vengar la injuria hecha á un perro europeo, como ellos dicen, cuando, según sus falsas creencias, el que mata á uno de ellos lo consideran digno de los mayores elogios, le dan el epíteto de santo y tiene ya seguro la eterna bienaventuranza, fué cosa que los sacó de quicio y los llenó de odio contra el sultán. ¿Que de extraño tenía, pues, oiríes afirmar unánimemente que el sultán estaba comprado por los europeos y se proponía arruinar el imperio?

Estando así dispuestos los ánimos fué cuando apareció el Roguí, haciendo ver á los moros que peleaba por un hermano del sultán que se cree con derecho al trono. Es el hermano del sultán enemigo de los europeos, moro de verdad en sus procederes, fanático defensor del islam, y, por tanto, muy del agrado de sus correligionarios. Se explica, pues, perfectamente el entusiasmo con que los moros recibieron al Roguí y favorecieron su levantamiento. Pero, en resumen: ¿quién es el Roguí? ¿por quién pelea? ¿qué fines se propone? ¿quién le provee de armas y municiones? Los periódicos inventaron también no pocas fábulas acerca del Roguí; á nosotros no importa poco su personalidad física; mas nos creemos en el deber de poner en conocimiento de los lectores que el Roguí es un instrumento de Francia, encargado de meter revolución en el Imperio, para hacer ver á los cándidos, y á los que no conocen la manera de ser de Marruecos, que no puede sostenerse, y es necesaria su intervención.

—¿Es posible? —Sí, señores, como lo oyen. Así lo pregona la voz común, y no nos parece arriesgada nuestra afirmación. Al Roguí y á sus prosélitos se les vió cambiando dinero francés en varios puntos, se les cogieron armas francesas, y, *sobre todo, fíjense nuestros lectores cómo sus correrías se verifican siempre por cerca de la frontera argelina, dejando en paz lo restante del Imperio.* Pruebas evidentes de que hay por allí quien le guarda las espaldas. Así lo han comprendido muy pronto también los moros, á los cuales más de una vez yo mismo les oí decir que «el Roguí es el francés y el sultán el inglés».

Por lo demás, atendido el estado de los ánimos, no parece le fuera cosa fácil destronar al sultán, si verdaderamente pelease por el pretendiente al trono. Así se explica también cómo dando muy poca ó ninguna importancia todas las Embajadas al levantamiento del Roguí no hizo lo mismo Francia, sino que envió inmediatamente á Fez nada menos que un primer secretario de Legación, en donde permaneció seis meses al lado del sultán sin duda ofreciéndole sus buenos servicios contra el fingido pretendiente que ella misma había suscitado.

Por este tiempo tuvo lugar el secuestro de un súbdito inglés corresponsal de cierto periódico, que vivía entonces, y vive ahora también, en el lado opuesto de la bahía de Tánger, á unos cuantos kilómetros de esta ciudad enclavado en la misma kabila de Angera, y que, según la voz común, tiene allí su misión particular. El secuestro duró tres semanas; mas no se crea que Inglaterra, que no deja pasar desapercibida la menor ocasión de extender su influencia, se apuró en esta ocasión; nada de eso. Es decir, que, según la creencia general y algunos datos que se pueden citar, dicho secuestro fué fingido y estudiado. Llegaron ocasiones aquí en Tánger al parecer un poco críticas, hasta obligar á los que vivían en las afueras á venirse á la ciudad y poner, á dos kilómetros de Tánger, guardias todos los caminos con el fin de no dejar pasar de allí á ningún europeo, *porque corría peligro.* Sin embargo, y á pesar de que le habían secuestrado, nuestro inglés permaneció siempre en el lugar citado.

¿Y qué diremos del famoso secuestro del señor Perdicaris y su hijastro, el primero súbdito americano y el segundo súbdito inglés, verificado á raíz del Convenio anglo francés? Pues que, si hemos de atender á la opinión común, fué más fingido y estudiado que el anterior, no por parte de los secuestrados sino de las naciones á que pertenecen. Líbrenos Dios de afirmarlo por nosotros mismos; sin embargo, copiaré lo que otros dijeron públicamente, y es que el secuestro de dichos individuos se verificó bajo la dirección de otro inglés que presta también muy buenos servicios á su nación, al cual la misma noche del secuestro, muy á deshora, y con el rifle al hombro, lo vieron bajar solo del monte donde tuvo lugar el secuestro encaminándose luego á la Legación inglesa, en la cual dió cuenta del cumplimiento de su misión con estas sencillas palabras: «Ya está.....»

¿Qué fines se propusieron dichas naciones? Varios pudieron ser. Como esperamos volver á tocar este punto, nos contentaremos por ahora con decir que en aquel entonces se halló con mucha insistencia de que los Estados Unidos querían un puerto en Marruecos para depósito de carbón. Lo cierto es que á los tres días del secuestro se presentaron en la bahía de Tánger siete barcos de guerra yanquis, que ya se hallaban preparados en las Canarias y tres días después vino otro inglés. En un principio, los yanquis respiraban muy fuerte; pero las naciones se opusieron enérgicamente. Y los cablegramas que llegando de los Estados Unidos eran cada vez más mansos, hasta que por fin [illegible] tuvieron que tocarse [illegible] sin exigir indemnización alguna, después de haber estado aquí un mes, ni haberse vuelto á hablar del asunto.

Y no prosigamos, porque este artículo ya va resultando demasiado largo.

Hé aquí sencillamente explicada la causa de las revueltas de Marr ecos. Todavía no hace cinco años que el Muy Rvdo. P. Prefecto giró la visita pastoral por tierra sin el menor percance. Más de cien leguas, de aquí á Mogador, recorrió por territorio moruno, acompañado únicamente de uno ó dos religiosos y un moro, unas veces atravesando áridos desiertos, otras acampando en campo raso, siendo en todas partes recibido por los musulmanes con marcadas muestras de júbilo y simpatía, quienes le ofrecían á porfía sus pobres viandas y sus humildes chozas suplicándole no dejase de visitarles siempre que tuviese ocasión. ¡Ah! ¡Qué dolor nos causa recordar aquellos tiempos y contemplar los presentes! Entonces había libertad y afecto para el Misionero; hoy, merced á los civilizadores europeos, nadie está seguro. Este beneficio más les debemos, y no tardaremos en recibirlos mayores. Considérese ahora si las naciones europeas vienen á traer la paz ó la guerra; si es un acto de caridad lo que intentan hacer, ó una iniquidad lo que están haciendo.

A. D. DE PAZOS HERMOS.

Lógica.

¿Será mucho pedir, si pedimos lógica á casi todos los periódicos liberales? Un diario militar se ha quejado, con harta razón, de las desconsideraciones de los insultos y de los ultrajes de que, representaciones del Ejército, con ocasión del desplome del tercer Depósito y cuando esas representaciones se consagraban á obras de caridad y de beneficencia, fueron objeto por parte de elementos obreros, y con ese motivo son varios los periódicos que se ponen tristes y que hasta llegan á derramar unas lágrimas delante de estas discordias que han estallado entre dos importantes clases de la sociedad española.

Advirtamos, para que haya más exactitud en las referencias y en los hechos, que al igual que el Ejército han sido agraviadas injustamente otras clases sociales, y que personas de la aristocracia y de la mesocracia han pasado por las amarguras de verse insultados por los mismos á quienes acababan de favorecer.

De ello nos hicimos eco antes que nadie en estas columnas, y al cumplir con el deber de protestar contra semejantes actos, denunciadores de una incultura y de una grosería que llenan de tristeza las almas, demostrábamos cómo las deserciones de la autoridad traían estos desequilibrios reveladores de que existe en España algo que está agonizando y se va como veía que se corre.

Y á la vez nos lamentábamos de que existieran periódicos, como *El Imparcial*, que arrojaran á boleo la semilla de esos odios y rencores entre unas y otras clases de la sociedad, y una serie de elementos que, por temores, por cobardías, por conveniencias de un orden inferior, procedem de tal suerte, que no parece sino que en España el obrero de la ciudad, aun más que el de los campos, era objeto de miserable explotación; y las demás clases, incluso los que para vivir con pobreza tenemos que trabajar cotidianamente quince y más horas, unos seres que nadamos en la holgura y deslizamos nuestra existencia en medio de comodidades y de placeres.

Y hé aquí por lo que hemos empezado por la gallería de pedir lógica á los periódicos liberales; si sembráis, ¿por qué os enoja y asusta la recolección? Si decís á las masas que la justicia toda entera está de su parte; que ellos son los más y los mejores, y les enseñáis que en los sistemas políticos imperantes el número, que es la fuerza, es también la razón, ¿por qué sorprenderos cuando traían de imponerse á los demás con la violencia? El mismo *Imparcial*, que, aunque vagamente, se duele hoy de la actitud de ciertos elementos, escribió el lunes las siguientes líneas, que son, á nuestro juicio, una injusticia y un disparate: «*Aun la sociedad entera se mira á las manos, temiendo si, como Macbet, llevará en ellas alguna roja mancha, imposible de borrar con toda el agua del Océano.*» ¡La sociedad entera! ¡Mancha imposible de borrar con toda el agua del Océano! Y esto lo escribió un periódico burgués que explotan y pagan burgueses. ¡Qué argumento para los obreros socializados y descristianizados! ¡La sociedad entera con las manos manchadas de sangre! Y luego de escribir estas cosas se asombrará el periódico de la calle de Mesonero de que sean insultado el Ejército y ofendidas de palabra y de obra otras clases sociales. No; eso no es verdad; si lo fuera, el insulto y la agresión serían muy poca cosa para unas culpas ó para unas manchas imposibles de borrar con toda el agua del Océano. Colegas que os asombráis de vuestras propias obras, ¡sed lógicos!

Miseria y hambre.

Son tan terribles los efectos de la sequía en todo el alto Aragón, que á pesar de haberse dado ocupación á gran número de trabajadores en las obras del Estado y Mu-

© Biblioteca Nacional de España